



CAPÍTULO IV

EL TÉ

LA sala en que se tomaba el té daba sobre la terraza en que encontré á Gavriilo. Las extrañas predicciones de tío sobre la acogida que me estaba reservada no dejaban de inquietarme. La juventud, es muchas veces excesivamente orgullosa y el amor propio juvenil siempre susceptible. A consecuencia de todo ello me sentí contrariado al entrar á la sala, ante las muchas personas sentadas en torno de la mesa. Tropecé en la alfombra y tuve que dar un salto hasta la mitad de la habitación para recobrar el equilibrio.

Tan confuso como si hubiese comprometido de repente mi carrera, mi honor y mi reputación, me quedé parado en el sitio, más colorado que un cangrejo y

dirigiendo á los circunstantes una mirada estúpida. Si hago constar este incidente insignificante es porque influyó mucho en mi humor á lo largo de casi todo el día, y por lo tanto en mis relaciones subsiguientes con algunos de los personajes que intervienen en este relato. Quise saludar y no lo conseguí; me ponía más colorado cada vez; me dirigí por fin hacia mi tío y estrechándole las manos grité con voz entrecortada:

—Buenos días, tío.

Mi intención era decir algo muy fino, pero no supe qué: «Buenos días, tío».

—Buenos días, querido—contestó mi tío que compartía mi contrariedad.—Ya nos hemos visto antes. Pero—añadió en voz baja—sé un poco más valiente, te lo ruego. Eso ocurre á todo el mundo. A veces no se sabe qué cara poner. Mamá, permítame que le presente á un muchacho que le será muy simpático, sin duda.

—Mi primo Sergio Alexandrovitch—dijo dirigiéndose á todos.

Pero antes de seguir adelante pido permiso al lector para presentarle á los personajes que me rodeaban.

Es indispensable para la inteligencia de esta historia.

Había allí gran número de señoras y solo dos hombres, sin contarnos ni á mi tío ni á mí. Foma Fomitch, á quien tanto deseaba ver, y á quien yo presentía, era

el dueño absoluto de la casa. Foma Fomitch brillaba por su ausencia. Todos estaban tristes y preocupados. Esto se veía claramente y por confuso y aburrido que yo estuviera, no podía dejar de advertir que mi tío lo estaba casi tanto, aunque pretendía ocultar su disgusto bajo una alegría forzada. Alguna tristeza le oprimía el corazón.

Entre los hombres que se hallaban en la sala, se distinguía uno que aparentaba alrededor de veinticinco años y que no era otro que aquel Obnoskine cuya inteligencia y bondad tanto había elogiado mi tío. Todo proclamaba en él el mal tono. Su traje usado, su rostro en el que un bigotejo rubio descolorido y una barba hirsuta pretendían visiblemente proclamar la independencia intelectual de aquel sujeto y quién sabe si hasta su libertad de pensamiento. Parpadeaba sin parar: sonreía con una malicia afectada, y echándose atrás en su silla, dirigía hacia mí su monóculo, para dejarle furtivamente caer en seguida que la mirada mía iba al encuentro de la suya. Estaba también allí mi primo Mizintchiko, joven de veintiocho años; era muy silencioso efectivamente. No dijo una sola palabra durante todo el té y permanecía serio cuando reían los demás. Pero no me produjo la impresión de timidez de que hablaba mi tío. Por el

contrario, la expresión de sus ojos oscuros denotaba resolución y firmeza de carácter. Era moreno, de ojos negros y vestía correctamente (á cuenta de mi tío, según supe más tarde).

De las mujeres, me llamó inmediatamente la atención la señorita Parepelit-zina, por su cara lívida y de mal aspecto. Sentada cerca de la generala, pero un poco detrás por deferencia, se inclinaba á cada instante para musitar algunas palabras al oído de su protectora. Dos ó tres personas de edad, y privadas en absoluto del don de la palabra, permanecían cerca de la ventana, con los ojos fijos en la generala y en espera respetuosa de un poco de té. Examiné también á una señora gorda y como de cincuenta años de edad, toda pintarrajeada y cuyos dientes habían dejado sitio á algunos raigones negros, que no la quitaban de sonreír con coquetería.

Alrededor de toda ella, se entrechocaban multitud de cadenas. No apartaba de mí los lentes, á ejemplo de Obnoskine de quien era madre. Mi tía, la dulce Prascovia Ilinichna, se ocupaba en poner el té. Era evidente que después de una separación tan larga ardía en deseos de abrazarme, pero no se atrevía á hacerlo. Todo parecía prohibido en aquella casa. Cerca de ella estaba sentada una muchacha bonitísima, como de

quince años, cuyos ojos negros me miraban con curiosidad infantil. Era mi prima Sachenka.

Pero la más notable de aquellas señoras era, sin duda, una mujer rara, vestida lujosísimamente de pollita, á pesar de sus treinta y cinco años. Tenía mucha animación en el rostro, sin embargo de su palidez y de su delgadez descarnada. Sus mejillas descoloridas se ruborizaban á la menor emoción, al menor movimiento. No dejaba de agitarse sobre la silla, como si le hubiese sido imposible quedarse quieta un minuto. Me examinaba curiosamente, ávidamente; se inclinaba para hablar al oído de Sachenka ó de otra cualquiera de las que estaban á su lado y después se echaba á reír con un desparpajo absolutamente infantil. Con gran asombro mio sus excentricidades no sorprendían á nadie; parecía que los invitados se hubiesen puesto de acuerdo para no hacer caso de ella.

Adiviné en ella á aquella Tatiana Ivanovna, en la que había algo raro, según mi tío y que le destinaban á él, en vista de la fortuna que poseía. Sus ojos me agradaron; ojos azules y muy dulces á pesar de las arrugas que los cercaban. Su mirada era tan franca, tan regocijada, tan bondadosa que producía alegría el encontrarse con ella. Ya hablaré más

adelante de Tatiana Ivanovna que es una de las heroínas de mi narración; su biografía es muy interesante.

Unos cinco minutos después de mi entrada en la sala, irrumpió del jardín en la habitación un chico guapote, mi primo Illucha, seguido de una muchacha pálida y de aspecto cansado, pero muy bonita. Dirigió á todos una mirada investigadora, desconfiada y hasta un si es ó no es tímida; luego, y después de estudiarme también á mí cuando me llegó el turno, se sentó al lado de Tatiana Ivanovna. Recuerdo que mi corazón se estremeció; había comprendido que era ella la famosa institutriz. A su entrada mi tío me miró rápidamente y se puso encarnado; pero, en seguida se bajó á coger en los brazos á Illucha y vino hacia mí para que le diese un beso. También he de advertir que la señora Obnoskine dirigió una mirada á mi tío y enfocó después sus lentes sobre la institutriz con una expresión burlona.

Mi tío estaba tan confuso que no sabiendo qué hacer, llamó á Sachenka para presentármela; ésta se limitó á ponerse en pie y hacerme una reverencia. Aquel ademán me encantó pues le sentaba muy bien. Mi tía no pudo ya más y dejando un instante de servir el té, vino hacia donde yo estaba para abrazarme. Pero apenas habíamos cruzado un par de

palabras cuando se oyó la voz de la señorita Parepelitzina que hacía notar que Prascovia Ilinitchna se había olvidado de su madre (la generala) que había pedido té y lo estaba esperando todavía. Mi tía se separó de mí para continuar sus deberes.

La generala, la reina de la casa y ante la que todos andaban en un pie, era flaca y desagradable, vieja, vestida de luto; desagradable sobre todo por la edad, que le había arrebatado las pocas facultades, aunque ya de joven tenía manías. Su situación la había vuelto más loca y más orgullosa. Durante sus grieterías la casa era un infierno.

Sus momentos de cólera, revestían dos aspectos distintos. El primero consistía en el silencio; la vieja no despe-gaba los labios durante días enteros y rechazaba y tiraba al suelo cuanto se le ponía delante. El segundo, el locuaz, afectaba los siguientes caracteres. Mi abuela (era abuela mía) se abandonaba á una sombría tristeza; veía venir su ruina y el fin del mundo y presentía un peligro de miseria atestado de todas las desdichas imaginables. En tal ocasión se ponía á contar con los dedos todas las calamidades que profetizaba y llegaba á obtener resultados grandiosos. «Hacia mucho tiempo que predecía ella aquello; pero tenía que callar siempre

en *aquella casa*. ¡Ah! ¡Si sólo la hubiesen respetado un poco, si la hubiesen escuchado! etc., etc.» Tales discursos hallaban vehemente aprobación en aquel enjambre de señoras de compañía dirigido por la señorila Parepelitzina y se veían pomposamente autorizados por el sello de Foma Fomitch.

Cuando yo aparecí ante ella, se encontraba en un período de ira silenciosa, seguramente la más terrible. Todo el mundo la miraba con terror. Sólo Tatiana Ivanovna, á quien se le permitía todo, estaba alegre. Mi tío me condujo cerca de mi abuela, con la mayor solemnidad; pero ella, esbozando una mueca, rechazó con violencia la taza de té.

—¿Es ese volatinero?—murmuró entre dientes y dirigiéndose á Parepelitzina.

La pregunta absurda me desamparó de una manera definitiva. No podía comprender por qué me llamaba volatinero. Parepelitzina le susurró algunas palabras al oído, pero la vieja agitó en señal negativa la mano. Me quedé sin saber qué hacer, interrogando á mi tío con la mirada. Todos los presentes se miraron á su vez entre sí, y Obnoskine llegó á mostrarme los dientes, cosa que me irritó sobremanera.

—A veces chochea—me dijo al oído

mi tío, asombrado también.—Pero no es nada; es por bondad de corazón.

—Sí ¡el corazón! ¡el corazón!—exclamó súbitamente Tatiana Ivanovna, que no me apartaba los ojos ni se estaba quieta.—Había llegado sin duda hasta ella la palabra «corazón.» Pero no acabó la frase, aunque parecía que quería decir algo. Fuera por vergüenza ó por cualquier otra causa, se calló; se puso colorada, de una manera sensible, é inclinando hacia la institutriz la dijo en voz baja algunas palabras; de repente, cubriéndose la boca con un pañuelo, se echó atrás sobre el respaldo de la silla y comenzó á reír en una crisis de histerismo.

Asustado los miré á todos; pero con gran asombro mío, nadie se movía, como si no hubiese pasado nada. Lo que ocurría con Tatiana me sirvió de ejemplo. Me pusieron el té y recobré cierta serenidad. No sé bien por qué, el caso es que me pareció, de repente, que mi deber era entablar la más amable conversación posible con las señoras.

—Tenía usted mucha razón, tío, cuando me advertía antes los peligros que hayen turbarse. Confieso francamente... —(¿para qué ocultarlo?)—proseguí, dirigiendo una obsequiosa sonrisa á la señora Obnoskine, confieso que hasta hoy, apenas he cultivado el trato con

señoras. Y después de mi entrada tan poco feliz, me ha parecido que me encontraba en una mala situación, ocasionada por mi torpeza.—¿Han leído ustedes *El Emplasto?*—añadí cada vez más asustado de mi aplomo y mirando severamente al señor Obnoskine, que seguía inspeccionándome de arriba á bajo, y continuaba enseñándome los dientes.

—Eso es; es eso mismo—gritó mi tío, regocijándose sinceramente porque veía que la conversación se animaba y su sobrino volvía en sí.—No significa nada el atolondrarse, pero yo he llegado á mentir en los comienzos de mi entrada en el mundo. ¿Lo creerás? Verdaderamente, Anfisa Petrovna es divertido. Acababa de ingresar en el regimiento y de llegar á Moscou, y me dirigí á una casa de una señora para la que llevase una carta de recomendación. Era una señora excesivamente orgullosa. Me hicieron pasar. El salón estaba atestado de gentes, todos grandes personajes. Saludo y me sienta. A las primeras palabras la señora me pregunta: «¿Tiene usted muchas aldeas de su propiedad?» Yo no tenía ni una gallina; ¿qué iba á contestar? ¿Por qué no decir: «No tengo nada?» Habría sido lo más noble, porque era la verdad. Pero contesté: «Tengo ciento diecisiete almas.» ¿Cómo se

me habrá ocurrido poner esa coletilla de diecisiete en vez de mentir en números redondos? Poco después, y precisamente por la carta que yo había entregado, se supo que yo no poseía nada y además que era un embustero. ¿Qué hacer en tal caso? Huí de la casa y no volví á poner los piés en ella. Entonces yo no poseía nada; hoy tengo, por un lado, trescientas almas que proceden de mi tío Afanassi Matveiévitch, y doscientas almas, incluída la Kapitovna, de la herencia de mi abuela; lo que hace en total más de quinientas almas. ¡No es malo! Pero desde aquel día me juré no volver á mentir y no he vuelto á mentir nunca.

—Yo en el caso de usted, no habría jurado. Sabe Dios lo que puede ocurrir—dijo Obnoskine sonriendo burlonamente.

Obnoskine se echó á reír repantigándose en el respaldo de su silla; su madre sonrió; la señorita Peripelitzina, rió de un modo especialmente irónico; también se echó á reír Tatiana Ivanovna, aplaudiendo sin saber por qué. En una palabra, comprendí que á mi tío nadie le consideraba en su propia casa. Sachenka dirigió á Obnoskine una mirada en la que chispeaba el odio. La institutriz ruborizada, bajó la cabeza. Mi tío asombrado, preguntó:

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?—y nos miró á todos con una mirada de estupefacción.

Entretanto mi primo Mizintchikov permanecía aparte y sin sonreirse cuando todos se reían. Bebía su té y miraba filosóficamente á las gentes que le rodeaban. Varias veces estuvo á punto de ponerse á silbar, bajo el peso de un insoportable aburrimiento y siempre se detuvo oportunamente. Obnoskine, sin dejar de agredir á mi tío, y comenzando á tantearme, parecía evitar la mirada de Mizintchikov; lo advertí inmediatamente. También noté que mi primo me lanzaba vistazos inquisitivos, á fin de darse cuenta exacta de la categoría de hombres á qué podía pertenecer.

—Seguramente—observó la señora Obnoskine—no era usted en San Petersburgo un ferviente adorador de las mujeres. Sé que muchos de los jóvenes que viven allí, procuran alejarse de su trato. Para mí esos muchachos son unos librepensadores. Yo no puedo ver en eso más que una imperdonable falta de cortesía, y le confieso que me asombra tal cosa.

—Sí, yo he ido poco á sociedad—contesté con gran viveza—pero creo que eso no tiene ninguna importancia. ¡Vivía en una habitación tan pequeña! Pero es igual, ya me acostumbraré. Hasta ahora no he salido de mi casa...

—Se dedicaba al estudio de las ciencias—interrumpió mi tío.

—¡Ah, tío, siempre con las ciencias á vueltas!—continué deliberadamente y siempre con la misma amable sonrisa y dirigiéndome á la señora Obnoskine. —Imagínese usted hasta qué extremo es mi tío entusiasta de las ciencias, que ha llegado á descubrir un milagroso partidario de la filosofía práctica, un tal Korovkine, y que después de nuestra separación de tantos años la primera palabra suya fué anunciarme la llegada inmediata, y esperada con una impaciencia casi convulsiva, de ese fenómeno... ¡Eso es amar la ciencia!...

Y me eché á reír creyendo que desencadenaría una risa general en honor á mi ingenio.

—¿Quién ese? ¿De quién habla?—preguntó á la señorita Perepalitzina, la generala!

—Que Yegor Ilitch, ha invitado á unos sabios; que los va buscando desde su coche á lo largo de los caminos—contestó con deleite la muchacha.

Mi tío se quedó desconcertado. Me dirigió una mirada de reconvención y exclamó:

—¡Ah! ¡pues se me había olvidado! Es verdad; va á venir Korovkine. Es un sabio, un hombre que se ha de hacer notar...

Se detuvo, no encontraba palabras para seguir. Mi abuela estiró una mano y esta vez logró alcanzar una taza que cayó al suelo y se hizo añicos. La emoción fué general.

—Eso pasa siempre que se enfurece; tira lo primero que encuentra al suelo; —me dijo al oído, todo confuso, mi tío. Para llegar á eso es necesario que esté enfadadísima. Pero no hagas caso; mira para el otro lado... ¿Por qué se te habrá ocurrido hablar de Korovkine?

Miré hacia el otro lado y me encontré con la mirada de la institutriz que parecía dirigirme con ella un reproche y quién sabe si un manifiesto desprecio; la indignación le enrojeció las mejillas y comprendí que no había buscado el mejor camino para ganar sus simpatías, en mi deseo de echar sobre mi tío parte del ridículo que había caído sobre mí.

—Sigamos hablando de San Petersburgo—dijo Anfissa Petrovna, así que se había calmado la emoción que había producido la rotura de la taza.—¡Con qué agrado recuerdo yo mi vida en aquella capital! ¿Te acuerdas, Pablo, de cuando íbamos á casa del general Polovitzine? ¡Qué amable era la generala! Diga usted: ¿la ha encontrado alguna vez por allá? Confieso que le esperaba con impaciencia. ¡Creía que me traería

tantas noticias de nuestros amigos de San Petersburgo!

—Siento mucho, señora, no poder satisfacerla... Perdónenme; pero ya lo he dicho antes: he hecho muy poca vida de sociedad. No conozco al general Polovitzine y ni siquiera he oído hablar de él,—contesté ya impacientado, porque se había cambiado de pronto mi amabilidad en un malísimo humor.

—Se dedicaba á estudiar mineralogía—repitió, incorregible en su orgullo, mi tío Yegor Ilitch.—La mineralogía es el estudio de las piedras ¿verdad?

—Sí, tío, de las piedras...

—Sí; hay muchas ciencias, y todas son muy útiles. Para decirte la verdad, yo no sabía lo que era la mineralogía. Cuando alguien habla de ciencia, yo me limito á escuchar; porque confieso que no entiendo ni palabra.

—Es una confesión de las más sinceras—dijo en tono satírico Obnoskine.

—¡Pero, señor...—exclamó Sachenka al propio tiempo que dirigía á Obnoskine una mirada de reprobación.

—¿Qué pasa? ¡Ah! ¡Dios mío, no hago más que interrumpirle á usted, Anfissa Petrovna!—añadió para escusarse y sin comprender lo que quería decir Sachenka.—Perdóneme, se lo ruego.

—Es igual—contestó la señora, sonriendo con una sonrisa de desdén.—

Ya le había dicho á su sobrino todo lo que tenía que decirle. Pero para concluir, Sergio Alejandrovith, le recomendando que se corrija. No dudo de que las ciencias, las artes... la agricultura, por ejemplo... que todas esas altas especulaciones ejerzan el más poderoso atractivo; pero no conseguirán reemplazar á las mujeres... Las mujeres son las que forman á los hombres, y no es posible prescindir de ellas; imposible, im-po-si-ble, joven.

—Imposible, imposible—gritó de nuevo la voz aguda de Tatiana Ivanovna. Escuche usted—añadió,—ruborizándose al mismo tiempo y con una precipitación infantil;—escuche usted; quería preguntarle...

—Estoy á sus órdenes—contesté, mirándola con atención.

—Solo quería preguntarle si piensa estar usted aquí mucho tiempo.

—Realmente, no lo sé; dependerá de la marcha de los asuntos.

—¿De los asuntos? ¿Que asuntos puede usted tener? ¡Qué locol...

Se había puesto de color escarlata; ocultóse detrás de su abanico y se inclinó hacia el oído de la institutriz. Después lanzó una carcajada y batiendo palmas reanudó su charla.

—¡Esperel ¡esperel!—gritó, como si temiese que me fuera.—¿Sabe usted lo que

quiero decirle? ¡Se parece usted tanto á un joven, á un muchacho simpatiquísimol ¿Os acordáis, Sachenca y Nastenka? Se parece enormemente á aquel otro loco; ¿no te acuerdas, Sachenka? Le vimos una vez en el paseo. Ibamos en coche. El, iba á caballo; llevaba un chaleco blanco... ¡Y como nos miraba el monstruol! ¿No os acordáis? Yo me cubrí la cara con el velo; pero no me pude contener y asomándome á la portezuela le grité: «¡Descaradol!» Luego dejé caer mi *bouquet* al camino. ¿Te acuerdas, Nastanka?

Llena de emoción, la muchacha se escondió el rostro entre las manos.

De un salto, en seguida abandonó su sitio, y corriendo se dirigió á la ventana, cogió una rosa, y la tiró cerca de donde yo estaba; luego huyó á esconderse en su cuarto. A todo eso siguió alguna confusión; pero la generala permanecía tranquila. Anfissa Petrovna no parecía sorprendida, sino más bien preocupada; dirigió á su hijo una mirada ansiosa.

Las muchachas se ruborizaron; en cuanto á Pablo Obnoskine, se limitó á levantare, como fatigado, y se puso á la ventana.

Entretanto, mi tío me hacía señas; pero en aquel momento hizo su aparición un personaje nuevo, entre la atención de todos.

—¿Ah, el amigo Eygraf Larionitch!— exclamó mi tío alegremente.—¿Viene usted de la ciudad?

«Son curiosos todos. Se diría que se les había escogido para juntarlos,» pensé olvidándome de que yo también era una de las muestras de aquella colección.



CAPÍTULO V

EJEVIKINE

UN hombrecillo penetró en la habitación ó mejor dicho apareció en ella reculando á pesar de hallarse la puerta abierta de par en par, y así que estuvo en el umbral dió comienzo á una serie de genuflexiones y saludos, mientras mostraba la blancura de sus dientes y nos miraba con curiosidad. Era un viejecito, menudo, de ojos vivos, por los que erraba una sonrisa ambigua y fina. Iba vestido con un frac muy usado y que seguramente no se habría hecho para él. Uno de los botones se mantenía sujeto al frac por un hilo; faltaban por completo dos ó tres más. Las botas agujereadas y el sombrero grasiento armonizaban bien con